

Muriel, sintiéndose de nuevo amada, se viste de princesa, lo que era en realidad.

Ya no estaba triste, sino que se había dado cuenta de que lo que había sucedido tenía una lógica bien clara.

Lo de Manu estaba abocado al fracaso.

Maurice, su enamorado desde que eran casi niños, la había estado esperando hasta que madurara para formar una pareja seria y duradera.

En realidad Manu no era su estilo.

Ni siquiera pertenecía a la misma clase social.

Él tenía razón cuando decía que ella y su familia eran unos burgueses.

¿Y qué?

Pues eso era lo mejor que podía pasarle a una en los tiempos que corrían.

Resultaba un verdadero privilegio del que no tenía por qué avergonzarse.

Los burgueses de ahora no se encontraban limitados como los de antes.

Ella era una mujer libre.

Podía ir a dónde quisiera y hacer lo que le diera la gana sin problema.

Con su dinero no hacía daño a nadie, sino todo lo contrario.

Si se compraba bonitos vestidos y disfrutaba de la buena vida sin escatimar en gastos, era en realidad para hacerse la vida feliz y hacérsela a los que la rodeaban.

Siempre había sido generosa con ella misma y con los demás.

Manu lo había tenido todo durante diez años a cambio de amarla, así que tampoco se podía quejar.

El amor era lo más valioso de este mundo.

Al menos la burguesía francesa no ponía freno a las pasiones amorosas.

Con eso de la píldora, tras mayo del 68, la sociedad se había liberado de la carga de la procreación indeseada.

Si uno tenía dinero y lo compartía con los demás, especialmente con los que le rodeaban, siempre se sentiría feliz.

Ella era la primera que siempre ofrecía limosna a todos los mendigos que se encontraba.

Aquello, si uno era rico, resultaba realmente gratificante.

El hecho de cocinar, como ella lo había hecho durante todo esos años para Manu, preparándole incluso tartas deliciosas; era otra manera de gozar de la vida tan importante como el amor.

¿Acaso amar no consistía en cuidar a los demás y en hacer cosas por ellos?

Maurice parecía también una persona muy generosa.

Cocinaba de maravilla, la prueba era el pato a la naranja que había preparado.

De postre habían tomado quesos franceses exquisitos y fresas con nata.

Tras una comida así era lógico sentirse reconfortada.

Ahora sonaba la música de Mozart, un concierto para piano en do mayor, la tonalidad de la música alegre y que según Manu en sinestesia correspondía al color rojo.

Puede que ella no fuese una enamorada del arte, como su ex novio, pero era capaz de apreciar el valor de la cultura.

La gastronomía, algo tan importante en su país, suponía también una manifestación cultural importantísima.

En España no se comía ni la mitad de bien.

En el fondo se alegraba pensando que Manu iba a echar mucho de menos los manjares que ella le ofrecía.

La poesía estaba muy bien, podía resultar un saber elevado, pero el buen gusto para comer o para vestirse como una princesa, que era lo que estaba haciendo en ese instante, suponía también una manera de alcanzar la dicha.